

Los cristianos y el compromiso por la justicia

LLUÍS DIUMENGE*

*La acción a favor de la justicia y la participación en la transformación del mundo se nos presenta claramente como **una dimensión constitutiva** de la predicación del Evangelio, es decir, de la misión de la Iglesia para la redención del género humano y la liberación de toda situación opresiva.*

Sínodo 1971

INTRODUCCIÓN

El 43.º Capítulo General de los Hermanos de las Escuelas Cristianas ha sido lúcido en sus orientaciones:

«Queremos recorrer el camino que conduce a los pobres colectivamente, reconociendo que Dios nos llama a dar respuestas creativas y generosas a las pobrezas del mundo de hoy, en fidelidad a nuestro carisma fundacional» (Circular 447, p. 21)

Ha puesto particular interés en promover, en los próximos siete años, una evaluación de las obras educativas a la luz de las características

* Catedrático de Teología Moral en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas y Catequéticas «San Pío X», Madrid.

que permiten identificar un centro como lasaliano en lo referente al servicio educativo de los pobres.

Conviene destacar, asimismo, la Recomendación 11 dentro de la *Renovación educativa*: que todas las obras lasalianas subrayen en su Proyecto Educativo, los siguientes rasgos que deberían identificarlas de modo significativo:

- la lucha contra la pobreza y las situaciones de injusticia.
- La educación para la justicia, la paz, la solidaridad y la tolerancia.
- La formación de personas libres y a la vez justas (p. 30).

Otros hitos significativos son: la Circular 448, *Hacia el año 2007*; el 3.º Objetivo de la Comisión MEL: promover la solidaridad mediante la promoción de la justicia y el servicio educativo de los pobres, considerando los temas educativos y pastorales en contextos misioneros (p. 27), y el hecho de que la Campaña 2003-2004 se centre en el tema de *La Educación a la justicia*.

1. FE Y JUSTICIA

La fe sería la totalidad del cristianismo vista desde Dios. La justicia es aquella forma que el amor adopta en un mundo de opresión y de pecado. De este modo, el principio de solución para comprender la unidad de fe y justicia consiste en la realización del Reino de Dios en la historia. Por tanto, las concreciones de este principio dependen de las condiciones históricas y requieren un discernimiento cristiano, crítico e histórico. La justicia es un absoluto, y no algo puramente relativo; lo relativo son los *cómos*, las formas de analizar la realidad y de realizar la justicia. Cualquier acción no puede considerarse sin más acción por la justicia, ésta implica necesariamente una serie de acciones muy diversas.

1.1. En la historia de la salvación

La justicia tiene peso sustancial en la Revelación, tanto en sí misma como en su relación con el acceso del hombre a Dios y de Dios al hombre. Argumento irrefutable para que el cristianismo se dedique a ella. Si la justicia no tiene rango sobresaliente, sencillamente no se está hablando de Dios ni del Reino de Dios, sino de ídolos religiosos.

Cuanta más radicalidad demos al binomio justicia-injusticia, cuanto más lo enriquezcamos sin que por eso se pierda su intencionalidad fundamental de pretender el cambio de un mundo de dominados y oprimidos a un mundo en el que todos los hombres puedan ser plenamente humanos, tanto más profundamente daremos la totalidad del mensaje cristiano y tanto más eficazmente lo mostraremos como historia de salvación.

Importa vislumbrar la conexión en que Jesús coloca el amor a Dios y el amor al hombre. La justicia debe enfocarse como una forma del amor en un mundo de pecado y de estructuras de pecado. El problema de la fe cristiana y de la justicia cristiana ha de verse desde el amor como valor fundamental de la experiencia cristiana.

El amor del hombre podría representar lo que es la justicia y el amor de Dios representa lo que es la fe. El problema del único mandamiento nos da la pista para resolver el problema fe-justicia: por un lado pone en unidad el amor del hombre y el amor de Dios, lo de abajo y lo de arriba. Por otro, pone en conjunción lo que es el hombre con lo que es la justicia, con lo que son las obras buenas.

1.2. ¿Cómo embarcarnos en la aventura de la fe?

Existe unidad total entre la fe y su credibilidad: no hay ésta sin aquélla, ni viceversa. La credibilidad es el momento significativo de la fe, precisamente

porque es la presencia visible y encarnada de la fe. La fe, a su vez, es el momento significado por la credibilidad sólo en cuanto ha sido capaz de mostrarse verdadera y realmente como fe operante en la credibilidad histórica correspondiente.

La permanente circularidad entre la fe y su credibilidad es histórica. Debe darse en visibilidad de historia y puede darse de distintas formas según sea la situación histórica. En cada momento habrá que buscar el elemento significativo más adecuado para mostrar de forma plena el elemento salvífico de la fe.

Permanentemente ha existido la tentación de disociar la fe de la justicia, la primera tabla de la segunda. La unidad de ambos aspectos es inseparable.

La verdad de la contemplación está en la acción, pero sólo será verdaderamente cristiana aquella acción que pueda mostrar en sí misma la plenitud de la salvación anunciada por Jesús.

En la contemplación y en la acción a favor de la justicia pueden verse por lo menos cuatro características:

1. búsqueda de Dios y su salvación: Dios está presente en la historia salvífica y se anhela encontrarlo. No por el mero capricho de encontrarlo sino por la aceptación consciente de que sin Él no hay salvación.
2. Conversión: como respuesta a la llamada de Dios. No cabe conversión a Dios si no hay conversión al oprimido.
3. Intervención en la historia: porque lo que se contempla no es la naturaleza, ni siquiera la historia que hacen los otros, sino la historia en la que uno está inmerso y la que va haciendo en su lucha en pro de la justicia.
4. Contemplación auténtica: es cierto que los pobres y oprimidos son en sí lugar privilegiado de la presencia de Dios, pero esto no significa

que lo sean, sin más, también para mí. El *en sí* pasa al *para mí* precisamente en el ejercicio de la fe.

Concluimos de esta forma que la contemplación en la acción de la justicia puede ser la praxis y la espiritualidad adecuada de quien unifica y no separa lo que, de por sí, está unido: la fe y la justicia.

Un doble enfoque permite el planteamiento adecuado fe-justicia.

a) Necesidad de signos y mediaciones

Es imperativo reflexionar sobre la necesidad de signos y mediaciones en el acercamiento de Dios a los hombres y de los hombres a Dios. Es un principio fundamental de la teología el hecho de que no hay acceso directo del hombre a Dios, de modo que ese acceso debe mediar, y mediar por algo que en toda su generalidad puede estimarse como un signo. Dios se ha revelado a través de intervenciones históricas. Es a través de acciones históricas como la novedad de Dios se ha ido manifestando a los hombres.

Los signos de los tiempos son también comprobación de la necesaria referencia a la historia, cuando se quiere descubrir la presencia histórica de Dios entre los hombres. Ellos nos orientan también sobre cuáles son las grandes batallas de hoy, de qué lado debemos poner el peso de nuestra vida y, de ese modo, vivir con dignidad. El problema radical sigue siendo la lucha de la vida en contra de la muerte, de la justicia en contra de la injusticia. Pero hay otras luchas –batallas, digamos– que acompañan a aquéllas: *la batalla por controlar la verdad y la batalla alrededor de la esperanza.*

Los medios, las multinacionales, la banca mundial, los emporios militares..., están muy interesados en *controlar las definiciones de las cosas*: qué es la dignidad, la felicidad, la calidad de vida, los derechos humanos, la utopía... Al cristiano le urge desafiar el pensamiento único, lo políticamente correcto y ser capaz de brindar alternativas a la civilización del capital y de

la abundancia. Y vislumbrar en el mundo de los pobres un dinamismo dialéctico, superador de la deshumanización que produce la actual civilización de la opulencia.

La segunda batalla se libra alrededor de la esperanza de los pobres. A los poderosos no les interesa. Si aflora, hay que destruirla. Y ello, por dos razones. Una, no ya muy actual, es que un pueblo esperanzado puede causar conflictos indeseados y costosos para los grandes (evóquense las revoluciones en el Tercer Mundo). Otra parece más radical: un pueblo pobre, pero con esperanza, es un pueblo con dignidad y creatividad, que puede llegar a formular un proyecto de vida y de sociedad. Su esperanza pregona que se puede vivir de otra manera. Y esto sí es una amenaza, porque desafía los cimientos del mundo occidental.

b) Determinación histórica del signo

Se necesitan mediaciones y signos históricos. Ahora bien, la determinación de cuál ha de ser la característica fundamental de nuestro signo histórico, de nuestra mediación, depende de la determinación de lo que ha de entenderse como cuestión fundamental de la pastoral en un determinado contexto y del discernimiento de lo que es nuestra propia situación histórica.

Esta cuestión fundamental debe plantearse en estos términos «¿qué debe hacer y cómo debe hacer el pueblo de Dios, el cuerpo histórico de Cristo, para que el Reino de Dios se realice en la historia?». Lo decisivo es que la praxis eclesial debe poner en conexión unitaria lo que es el Reino de Dios con lo que es la historia.

La definición de la situación implica forzosamente el recurso a un análisis lo más objetivo posible y el contacto con la realidad. Eso es lo que puede hacer que las escamas caigan de los ojos y que el corazón insensible se convierta en corazón de carne.

Hagamos primero unas breves referencias sobre los factores de orden/desorden internacional. Mientras no construyamos un mundo más justo, no podremos convivir en paz, en paz auténticamente humana y fraternal.

Injusticia mundial y migraciones internacionales

El mundo se ha convertido en una gran plaza, en un ágora donde se mueven gentes de todas las razas y culturas. Y en un gran mercado en el que transitan libremente capital, tecnología, recursos, empresas, productos, personas. Pero el capitalismo jerarquiza aún más la estructura desigual del poder económico en manos de una docena de países privilegiados, a la vez que agranda cada vez más la distancia Norte-Sur. Basta con referirse anualmente al informe PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo).

Prejuicios étnicos: barreras para la paz

Conviene profundizar en el submundo de prejuicios, estereotipos negativos, sentimientos de recelo y de rechazo, fobias hacia los diferentes y los inmigrantes, caldo de cultivo para actos xenófobos y racistas.

Dignidad e integridad para las mujeres

Las espiritualidades feministas promueven el conocimiento, la práctica y las visiones que tienen efectos de transformación hacia una mayor justicia, bienestar e igualdad. Aspiran a dignificar a la mujer. Son muchos los grupos que buscan la justicia para quienes han sido marginadas. El siglo XXI exige y clama por luchas que logren realidades para que lo podamos nombrar como *el siglo del feminismo crítico*.

La promoción de la justicia es el signo revelante y constituyente de la realización del Reino de Dios en nuestra historia. Hablar así supone conferir al signo una importancia y carácter intrínseco, necesarios para superar una consideración de exterioridad entre fe y justicia. Si la justicia revela la presencia de Dios salvador y si la justicia es algo constitutivo de esta presencia salvífica de Dios, no sólo se presenta como algo unido a la fe sino como algo

revelante de esa fe, algo que realmente la propicia. Esto permite, además, ver desde un principio la justicia como justicia cristiana, como justicia desde la fe. La justicia se desdobra en actitud interior y configuración exterior, social.

2. DESAFÍOS DE LA SOCIEDAD

¿Dónde nos encontramos hoy? ¿Con qué problemas estamos confrontados actualmente?

Multitud de mecanismos perversos gravitan sobre la humanidad. La raíz de los males que nos aquejan puede tener múltiples rostros: egoísmo, estrechez de miras, cálculos políticos errados, decisiones económicas imprudentes... En suma, ha faltado y falta una voluntad política eficaz. Las guerras que ásolan el planeta son la otra cara de la moneda que acuñara el Papa Montini: «si el desarrollo es el nuevo nombre de la paz, ¿quién no querrá trabajar con todas sus fuerzas para lograrlo?» (PP 87).

Juan Pablo II ha llamado por su nombre, desde el punto de vista ético-teológico, a este cúmulo de mecanismos que inciden negativamente: «estructuras de pecado» (SRS 36). Denuncia con valentía las dos actitudes que «parecen ser las más características»: «el afán de ganancia exclusiva, por una parte; y por otra, la sed de poder, con el propósito de imponer a los demás la propia voluntad» (SRS 37). Absolutización de actitudes humanas, en la esfera económica y política, que provocan infinidad de víctimas entre los individuos, las naciones y las civilizaciones. En el fondo «se ocultan verdaderas formas de idolatría: dinero, ideología, clase social y tecnología».

Este tipo de análisis muestra «cuál es la naturaleza real del mal al que nos enfrentamos en la cuestión del desarrollo de los pueblos: es un mal moral, fruto de muchos pecados que llevan a estructuras de pecado. Diagnosticar

el mal de esta manera es también identificar adecuadamente, a nivel de conducta humana, el camino a seguir para superarlo» (*ibid.*).

Tales actitudes y estructuras de pecado solamente se vencen, con la ayuda de la gracia divina, mediante una actitud diametralmente opuesta: la entrega por el bien del prójimo, de quien está dispuesto a «perderse», en sentido evangélico, por el otro, en lugar de explotarlo, y a servirlo en lugar de oprimirlo para el propio provecho (cfr. SRS 38). Si preguntamos a la gente cuáles son los desafíos más importantes para la sociedad de cara al futuro, nos responderá que el terrorismo, el paro, la emigración... Alude a lo concreto, a lo que se vive.

En cuanto ensancha el horizonte, la perspectiva resulta más amplia: la pobreza y la precariedad; la globalización y la gestión colectiva de los riesgos; la persona ante las nuevas fronteras de la ciencia.

2.1. La pobreza y la precariedad

Hoy somos seis mil millones de habitantes en el mundo. Casi la mitad vive por debajo de la línea de la pobreza, con una renta mensual inferior a 60\$ y nunca han realizado o recibido una llamada telefónica. La globalización agrava las desigualdades sociales entre los pueblos.

La fortuna de los tres hombres más ricos del mundo –Bill Gates, Paul Allen y Warren Bufett– es superior a la suma del PIB de 49 países en desarrollo, con cerca de 600 millones de habitantes.

La pobreza, como señalaron los obispos latinoamericanos en la Conferencia de Medellín (1968), es un fenómeno estructural. Se expande siguiendo la organización del sistema financiero y productivo, que concentra la renta y excluye a las personas. Hace coincidir modernización con avance tecnológico aunque eso genere incremento de paro. Suprime paulatinamente las fronteras de las naciones, acaba con la soberanía nacional y transfiere,

a través de empresas públicas y/o estatales, el patrimonio social a manos de megaempresas que poseen un capital superior a la suma del PIB de innumerables países.

Hoy, el 20% de la población mundial –cerca de 1.200 millones de personas– vive en Norteamérica y Europa Occidental. Tienen en sus manos el 86% del PIB mundial y controlan el 82% de las exportaciones, el 74% de las líneas telefónicas y el 68% de las inversiones productivas directas. El resultado es que cada habitante del Norte dispone de una riqueza que es casi 19 veces más alta que la de un habitante del Sur.

¡O tomamos todo esto en serio o dejamos de hablar de ética!

El quehacer es tan inmenso que desborda las posibilidades de los cristianos, como las de cualquier otro grupo concreto. Requiere el concurso de todos.

En la religiosidad popular latinoamericana sobresale la creencia del Dios amoroso, compañero, solidario, que nos salva, no por nuestros méritos sino por gracia. En estas comunidades, «gracia» es más que una categoría teológica. Es el don mismo de Dios. Dinámica espiritual que manifiesta la gracia en medio de la desgracia. Para los «desgraciados», no resta otro apoyo fuera de la misericordia divina, con la cual se relacionan en la gratuidad de la fe, en la intimidad del corazón, más allá de las mediaciones de la institución eclesial, de los sacramentos y de la doctrina. Incluso, porque ellos mismos son sacramentos vivos de la presencia actual de Jesús entre nosotros (Mt. 25, 31-44).

Ante el panorama de la realidad hodierna importa sobremanera hacer algo que sirva. Inyectar savia evangélica para mover los corazones de las personas y transformar las estructuras.

¿En qué medida el carisma del Fundador permite iluminar el camino? ¿Hasta dónde un Instituto como el nuestro, con sus escuelas, colegios, centros

superiores, universidades... puede comprometerse en la lucha contra la pobreza y la injusticia?

Los progresos del siglo xx se quiebran a escala mundial por una distribución cada vez más desequilibrada y peligrosa de la riqueza acumulada en unos y la pobreza en otros. El mercado, que funciona a toda máquina, no alcanza a hacer justicia a las personas. Los grandes del mundo se reúnen una y otra vez, últimamente en presencia de los voluntarios de la protesta en la calle, que tampoco parece que alcancen a arreglar gran cosa. Al entrar en un nuevo milenio habrá que seguir pensando. El ser humano sirve para eso.

Pero ¿quién va a redistribuir la riqueza y a regular el mercado mundial si no existe –ni parece que pueda existir– una democracia mundial? Apenas unos días después de las manifestaciones de Seattle, Edgar Morin redactó un artículo intitulado «El siglo xxi empezó en Seattle». Los manifestantes piden cambios en las estructuras políticas y económicas que rigen el mundo. Para ello se movilizan como hicieron los sindicatos en el siglo xix. Están a favor de una «globalización distinta».

De todas maneras, lo mejor no serán las movilizaciones del Norte y la inmigración del Sur. Esto es sólo presión para pasar a lo verdaderamente importante: las reformas políticas que nos pueden permitir acercarnos a algo así como una universalización del Estado de bienestar –es decir, salud, educación y trabajo para todos– y a mecanismos incipientes de democracia mundial. En cualquier caso, ahí queda la pregunta: ¿estás del lado de los manifestantes de Seattle, Washington, Praga, Davos...? Quizás sea mejor hacer otra: ¿de qué lado te hubieras puesto de haber vivido en el siglo xix?

2.2. La globalización y la gestión colectiva de riesgos

La globalización (en inglés; para los franceses, mundialización) es la presencia del mundo entero en nuestras vidas. Proceso dinámico de creciente

libertad e integración mundial de los mercados de trabajo, bienes, servicios, tecnología y capitales.

Se da un cambio cualitativo. No sólo existe mayor relación sino que también el marco de referencia ha cambiado: del mercado nacional al mundial. Los gobiernos cada vez son más impotentes para alumbrar un proyecto económico. Han perdido capacidad para regir la economía. ¿Quién gobierna el mundo? ¿quién es el piloto de la nave? ¿adónde va?

Podríamos aludir al hombre de Seattle contra el hombre de Davos. Meses antes de la conferencia de Seattle (diciembre 1999) aparecieron las primeras muestras de inquietud. No existía consenso sobre la mayoría de los temas a discutir en la Ronda del Milenio: liberalización de la agricultura y de los servicios, medio ambiente, seguridad alimenticia, propiedad intelectual o reglamentación de las condiciones laborales en los países menos desarrollados.

Lo que ocurrió en Seattle es sobradamente conocido: 50.000 manifestantes de diversos colectivos boicotearon la conferencia de la OMC (Organización Mundial de Comercio) con gran virulencia. El alcalde declaró el estado de emergencia y la conferencia se suspendió con un fracaso total.

En abril del año 2000 se repitieron las manifestaciones, esta vez en Washington, con motivo de la reunión del FMI (Fondo Monetario Internacional) y del BM (Banco Mundial). Desde su fundación el primero tiene como objetivos el mantenimiento de la estabilidad monetaria internacional y la ayuda a los países con dificultades financieras, a los que concede créditos condicionados a la aplicación de determinadas políticas de estabilización. Por su parte el BM coopera con proyectos de desarrollo de los países miembros concediéndoles créditos a largo plazo.

Del 26 al 28 de septiembre las protestas anti-globalización se repitieron en Praga, donde tenía lugar la reunión anual del FMI y del BM. Esta vez

10.000 manifestantes se apoderaron de las principales calles de la ciudad, aunque no pudieron impedir la celebración del acto. Uno de sus lemas rezaba: «El mundo no es una mercancía. Yo tampoco». A diferencia de Seattle, el objetivo era claro: erradicar la pobreza y humanizar la globalización. Como recordaba Koffi Annan, en enero pasado en el Foro Económico Mundial, «o la globalización funciona para todos, o no funcionará para nadie».

Hay cantidad de organismos que tienen un poder igual o superior al de los estados nacionales: la banca, las multinacionales, los media, los fondos de pensiones..., protagonistas que no dan la cara. En particular, los gerentes de los fondos de pensiones tienen enorme poder para desestabilizar los países que manifiesten señales de debilidad, retirando capitales –como ocurrió en 1994 en México– y trasladándolos a otros lugares más rentables. En el mundo hay billones de dólares en manos de bancos y de fondos de pensiones que actúan como capitales especulativos. Nadie diría que los gestores de estos fondos (Fidelity, State Street o Templeton) tienen poder suficiente para hundir la economía de un país. Cada vez menos personas deciden sobre más cosas. El FMI ha intentado inútilmente controlar los movimientos de estos capitales especulativos sin éxito. Recordemos que, en última instancia, el Fondo obedece las consignas de Estados Unidos.

Los representantes de estas instituciones suelen reunirse anualmente en la localidad suiza de Davos para hacer ostentación pública de su poder. El hombre de Davos es, preferentemente, «varón, norteamericano, joven, familiarizado con las nuevas tecnologías de la información y con el índice Nasdaq, pertenece a la nueva economía y es muy rico». El hombre de Davos representa el verdadero poder mundial. Frente a él se alza el hombre de Seattle que exige otro estilo de globalización.

Amén de lo fáctico conviene referirse a lo ético. Asistimos al renacimiento del pensamiento liberal. Neoliberalismo que reduce toda la vida personal y social a los imperativos de la lógica del mercado.

La liberalización de los mercados, del comercio... persigue incrementar con mejores resultados la producción. Lo que no se liberaliza es la mano de obra sin cualificar. Por eso existen las pateras. Simultáneamente, la intervención de los países más poderosos bloquea la exportación y comercialización de los productos del Tercer Mundo.

Como consecuencia se generan desigualdades, pobreza, inestabilidad e inseguridad. Inclusive gravita una seria amenaza sobre el Estado de bienestar porque no tiene margen de maniobra en materia fiscal.

Gráficamente el Nobel de Literatura José Saramago en «La caverna» advierte que «el gato de la globalización engullirá al ratoncito de los derechos humanos».

2.3. La persona ante las nuevas fronteras de la ciencia

Los descubrimientos científicos nos han aportado lo mejor y lo peor. Con la finalización del Proyecto Genoma Humano (PGH), y aunque indiscutiblemente quedan muchísimos pasos que dar, se puede decir que ha nacido la Medicina Genómica: una praxis médica que puede contar con grandes conocimientos sobre la base genética de los pacientes. Sin embargo, hay unanimidad en afirmar que esa Medicina estará durante bastante tiempo en una situación de «nihilismo terapéutico»: podrá pronosticar y diagnosticar enfermedades genéticas, pero no podrá curarlas. Una consecuencia del PGH es «el ser humano de cristal»: es decir, la posibilidad de que la intimidad biológica de una persona pueda ser conocida a través de unas gotas de sangre. Ello exige que a nadie se le pueda realizar un análisis de su genoma sin que haya prestado el más estricto y riguroso consentimiento informado. Además, debe exigirse la más estricta confidencialidad y la no utilización de estos datos con fines de discriminación.

La genética puede convertirse en arma biológica si se permite que compañías aseguradoras requieran a sus clientes pruebas para contratar una póliza

(USA, GB...). Dígase lo propio de la serie de manipulaciones genéticas que pueden llevarse a cabo.

Otra vertiente, llena de controversia, es la que atañe a la donación de embriones humanos con fines terapéuticos. Los países europeos empiezan a dar pasos en esta dirección. El nacer y el morir siguen acaparando la atención de los medios de comunicación. Adam, bebé seleccionado por sus genes para salvar a su hermana Molly; la adopción de dos hermanas, por Internet, desencadena litigios legales; la píldora del día después amplía el radio de acción de la RU 486.

Cobra resonancia, cada vez mayor, el debate sobre las vacas locas, la fiebre aftosa y los alimentos transgénicos.

¿Cuáles son los límites de la manipulación genética humana? ¿es ético patentar un gen del que no se conoce exactamente la función? ¿cómo se puede garantizar el derecho a la intimidad genética, dada la facilidad con que se puede hacer un análisis? ¿hasta qué punto la sociedad puede obligar a un individuo a someterse a pruebas de identidad genética? Los científicos ¿son capaces de detener sus investigaciones si son conscientes de que ponen en peligro los derechos del ser humano?

Todos estos avances tendrán profundas repercusiones sociales. Provocarán cambios en el ordenamiento jurídico y probablemente en el comportamiento ético.

La biogenética abre múltiples horizontes de esperanza en el conocimiento del universo y también en la mejora de la calidad de vida, pero requiere mayores cotas de responsabilidad ética y social. Abarca problemas que se plantean en todas las capas sociales, en todas las latitudes y longitudes del globo. Pero no se plantean en todas partes con la misma intensidad. Son «vitales» para los que viven en un módulo del Primer Mundo. Lo son menos para quienes intentan sobrevivir en un inframundo. Se discute con ardor si

se debe o no prolongar un poco más la vida de una persona. Pensemos en la polémica suscitada por la legalización de la eutanasia en Holanda. Esto sin poner de relieve que las personas en cuestión son precisamente las que tienen más oportunidad de ser internadas y de gozar de los espectaculares progresos de la medicina moderna. Mientras, sólo en Brasil, cerca de cuarenta millones de personas no ven nunca a un médico. Son «eutanasiados» día tras día.

3. ¿CÓMO FUNDAR EL COMPROMISO SOCIAL DE LOS CRISTIANOS EN LA SOCIEDAD DEL SIGLO XXI?

Hoy, cuando lo objetivo (experiencia de injusticia, interés material) no tira ya de lo subjetivo en una línea de transformación radical de la sociedad es preciso insistir en la importancia central que en el proceso político cobra la opción, el ejercicio de voluntad, la decisión.

Alguien puede creer que estamos poniendo el carro delante del caballo, pero no es así. El caballo de la subjetividad siempre ha ido por delante del carro de objetividades. Lo que ocurre es que hoy el terreno sobre el que circula es inestable, lleno de baches y cuestas, obligando a un sobreesfuerzo.

No dejaré de pensar que los mundos son dos, pero aprenderé que la línea divisoria no está señalada en ningún atlas: pasa por el corazón del hombre y de la mujer. Tomar partido se hace más complicado pero más necesario que nunca. Hay muchas razones para albergar dudas y pesimismo. En períodos de incertidumbre se requiere una gran fuerza interior para conservar una visión lúcida del futuro.

Existe carencia de diálogo multicultural y multirreligioso, escasean los líderes sociales y espirituales, aparecen devaluados los valores y creencias que podían dar sentido a la existencia. Apremia generar memoria e imaginación. Lo primero para recordar y recalcar los conflictos y la cruz de Jesús. Imaginación para preguntar qué diría y haría hoy Jesús de Nazaret.

No cabe negar la gran dificultad de caminar con conciencia social recta en el marasmo individual y materialista del mundo capitalista. Pero ¿qué estamos haciendo en conjunto, los centros de estudios, universidades, grupos de técnicos y economistas que nos profesamos confesionales? ¿dónde se manifiesta nuestro quehacer, a nivel mundial, en vistas a programas concretos, experiencias, procesos para que la DSI (Doctrina Social de la Iglesia) llegue a configurar una política de justicia? ¿invitamos a ejercer el ministerio en puestos de vanguardia misionera y retaguardia marginada?

El tremendo problema de la praxis social parece estar naufragando en el mar de los intereses y de la política de los poderosos. La posmodernidad está recorrida por una enfermedad estructural que genera insolidaridad.

El compromiso sociopolítico afecta a todo hombre. Para el cristiano es, además, fruto de una decisión de la voluntad que aspira a vivir en coherencia con la fe. El Vaticano II destacó que «el hombre vale más por lo que es que por lo que tiene. Asimismo, cuanto llevan a cabo los hombres para lograr más justicia, mayor fraternidad y un planteamiento más humano en los problemas sociales, vale más que los progresos técnicos. Pues dichos progresos pueden ofrecer, como si dijéramos, el material para la promoción humana, pero por sí solos no pueden llevarla a cabo» (GS 35). La Iglesia «debe crear obras al servicio de todos, particularmente de los necesitados...» (GS 42).

3.1. Fuentes del compromiso sociopolítico

La identidad cristiana reverbera tanto por su actitud de acogida (del emigrante sin papeles, de quien vive en la espalda del mundo...) como por el rechazo (del apartheid o del antisemitismo...). La fidelidad al Evangelio con la consiguiente adhesión a la persona de Jesús impone la crítica del mundo.

Lo cristiano no es un conjunto de saberes sino un modo de percibir y de valorar las cosas. Este modo de ver lleva de los textos cristianos a la realidad,

y de la realidad de cada día a los textos cristianos. K. Barth hablaba de leer «teniendo en una mano la Biblia y en la otra el periódico del día». La realidad ilumina la Palabra de Dios y la Palabra de Dios ilumina la realidad. Hay que intentar esa circularidad.

La fe abre al misterio de Dios y al dinamismo del amor. La vertiente práctica de la fe no equivale al resurgir del fundamentalismo sino a pregonar el mensaje de gracia del Evangelio que suscita una respuesta. Tampoco puede considerarse como repliegue de quien demoniza el mundo, antes al contrario, respeta su autonomía y discierne la acción sorprendente del Espíritu. Dista igualmente de ser un nuevo humanismo. Tiene una perspectiva escatológica. El futuro se juega en cada opción diaria.

En abstracto, todo esto es sobradamente conocido. Pero no gozamos de capacidad para deducir el fruto práctico de las celebraciones eucarísticas: «para que lleguemos a ser lo que hemos celebrado».

3.2. Complejidad entre fe y actuar

¿Cuál es la motivación profunda de los cristianos que actúan?

Son ellos quienes deben decirlo. Para unos, será fruto de un hábito interior o de una historia, sin necesidad de recalar en una reflexión evangélica. Otros lo vivirán como una indignación ante un terremoto, una injusticia, un acto de terrorismo... Experiencia que suscita el compromiso solidario mucho más que una encíclica social. Con capacidad para hermanar a creyentes y no creyentes. También existirá el grupo de los que escuchan la Palabra de Dios: «Mira: hoy pongo ante ti la vida con el bien, la muerte con el mal... Escoge la vida para que vivas, tú y tu descendencia...» (Deut. 30, 15.19).

La fe que no crea mundo, que no hace de la ciudad un lugar más habitable, más humano y más divino, no es auténtica fe cristiana.

3.3. El compromiso a favor de la justicia es siempre una decisión de conciencia

En el plano de la motivación se puede definir la identidad cristiana como un querer seguir a Jesús y vivir con Él del dinamismo del amor.

La Iglesia ha de aspirar a iniciar a las personas en la vida espiritual. Una misma motivación podrá alumbrar compromisos plurales. «En las situaciones concretas, y habida cuenta de las solidaridades que cada uno vive, es necesario reconocer una legítima variedad de opciones posibles. Una misma fe cristiana puede conducir a compromisos diferentes» (OA 50).

Es muy cierto que, con posterioridad al Vaticano II, muchos se comprometieron generosamente sin vislumbrar las raíces de la fe. Por otra parte, la enseñanza social de la Iglesia se encuentra ante situaciones inéditas que, por su complejidad, producen vértigo (biogenética, organización mundial del comercio, deuda externa...). No cuenta con normas que provengan de la tradición. Y, sin embargo, hay que actuar en función del destino final de las personas.

La fe puede movilizar todo el sentido global de la existencia. A partir de la escucha de la Palabra de Dios, de la memoria histórica de los Padres y mediante el discernimiento comunitario. Ningún texto tan ilustrativo en esta última óptica como OA 4:

«Frente a situaciones tan diversas *nos es difícil pronunciar una palabra única, como también proponer una solución con valor universal*. No es éste nuestro propósito ni tampoco nuestra misión. Incumbe a las comunidades cristianas analizar con objetividad la situación propia de su país, esclarecerla mediante la luz de la palabra inalterable del Evangelio, deducir principios de reflexión, normas de juicio y directrices de acción según las enseñanzas sociales de la Iglesia...».

3.4. La diaconía social de los cristianos

El discernimiento presupone el papel de la comunidad cristiana en orden a formar la conciencia. En ella se comparte la narración de la propia identidad cristiana. Los relatos de vida son imprescindibles para orientarse. ¿De qué historia forma parte mi vida? El propio imaginario actualiza la enseñanza social.

No hemos entendido a los teólogos de la liberación. Su combate espiritual era contra las fuerzas del mal. El espíritu de la Pascua promovía efectos liberadores en los pobres. El relato de la Pascua y Resurrección de Cristo autoriza la predicación del Reino, da a la comunidad eclesial una visión de lo que es bueno para el hombre y para la sociedad, se concreta en prácticas comunitarias.

La fe invita a los cristianos al compromiso. No de manera uniforme, sino en comunión. La Iglesia ha de brindar inspiración y formación ética para todos. Existe, qué duda cabe, el riesgo de la pluralidad a la hora de evaluar cualquier iniciativa a partir de la fe. En un debate como el de la ley de extranjería ha de tomar partido. De lo contrario carecerá de credibilidad.

4. «HÁBITOS DEL CORAZÓN» PARA PROMOVER LA JUSTICIA

La Salle, como el Maestro, «hizo y enseñó». Su trayectoria existencial perdura en el Instituto que fundara. Sus hijos, de múltiples maneras, luchan contra la pobreza y la injusticia social en las cinco direcciones del Espíritu.

La identidad lasaliana se encarna en el mundo e Iglesia hodiernos. Al ampliar el círculo de reflexión brotan espontáneas las cuestiones. ¿Qué luces, inspiración, aliento... pueden aportar la fe y la Iglesia en este momento

en que parece que el individualismo tiende a ganar la batalla a la implicación social? ¿existen algunos «hábitos del corazón» que necesiten ser profetizados y cultivados de un modo especial aquí y ahora?

Con la expresión «hábitos del corazón», Tocqueville se refirió a las costumbres. Un estudio de Robert Bellah y otros sociólogos norteamericanos popularizó la expresión y la amplió a «la conciencia, la cultura y las prácticas diarias de la vida».

Quiero fijarme en tres hábitos: eclesialidad de la fe; conversión en profundidad a la justicia y solidaridad universal. Su estudio nos dará una idea del estado en que se encuentra nuestra sociedad, su cohesión y viabilidad a largo plazo.

4.1. Eclesialidad de la fe

Desde mediados del siglo xx han sido muchos los cristianos y las iglesias particulares que han sentido una fuerte llamada a luchar por la justicia en aquellas regiones del mundo donde las desigualdades eran más flagrantes.

Dios y el hombre. La vida eterna de Dios y la historia humana. Para el cristiano no media división alguna entre ambas realidades, antes exigencia de complementariedad. No es, pues, cristiano aislar la fe de sus implicaciones humanas y socioculturales. La fe que separara a Dios del mundo y de su historia no podría ser la fe en el Hijo de Dios encarnado. Apremia vivir una espiritualidad que supere toda dicotomía. Una espiritualidad contemplativa y política. Son muchos los cristianos latinoamericanos que están demostrando existencialmente que la contemplación y la política pueden y deben caminar al unísono. Y besarse como la Justicia y la Paz bíblicas.

Esta sensibilidad nacida en situaciones nuevas y apoyada por un análisis distinto de estos problemas y de la acción social en general, no sólo dio pie

a innumerables esfuerzos de muchos cristianos anónimos, sino que tuvo también su reflejo en el Concilio Vaticano II: «La Iglesia es en Cristo como un sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano...» (LG 1).

Tras la solemnidad y concisión de este texto se esconde toda una panorámica de acción para la Iglesia y para cada uno de sus miembros: su misión es hacer realidad («señal e instrumento») esa doble aspiración humana: la apertura a la trascendencia y la fraternidad de todos. Y este es un anuncio que se hace, no sólo con las palabras, sino con la vida, es decir, a través del compromiso de sus miembros (por eso es «señal e instrumento»), y no mero heraldo o portavoz.

La fe eclesial es fundamentalmente evangélica: debe testimoniar el Evangelio de Jesús. Si la comunidad de creyentes no manifiesta al mundo un Dios que se acerca amorosa y solidariamente al hombre, la fe se evapora. La verdadera fe eclesial se confronta con el criterio de la misión al mundo. Sin solidaridad efectiva con los hombres de hoy y sus miserias, no hay fe eclesial, aunque piadosamente se pretenda.

4.2. Conversión en profundidad a la justicia

En la fe cristiana hay que hermanar sus elementos constitutivos: la experiencia de Dios y el compromiso por el hermano. A través de la historia se ha sobrevalorado uno ignorando las consecuencias que repercutían sobre el otro. Aún más, se han contrapuesto términos tan emblemáticos como justicia y caridad. El distanciamiento obedece al carácter reductor y empobrecedor del pensamiento occidental.

Al acentuar la relación individual con Dios, se ha edificado una moral cristiana donde se despliegan las obras de caridad «por amor de Dios». Forma expresiva de la bondad del hombre más allá de lo que es debido.

Como contraste, el concepto de justicia, debido a la influencia del espíritu jurídico romano está muchas veces ligado en la moral a la cuestión de derechos y deberes, a atribuir a cada uno lo que es debido. Los sentimientos nada tienen que ver con la acción en favor de la justicia.

Resulta imprescindible pensar en la noción bíblica de justicia de Dios. El hombre justo quiere lo que Dios quiere. Esta justicia expresa la conformidad del comportamiento en relación con la Alianza. Se sobrentiende un haz de objetivos: liberación de oprimidos, defensa de los pobres, amor y servicio de los hombres.

Justicia y caridad no pueden entrar en contradicción. Resulta ilusorio evocar un compromiso caritativo si falta previamente el respeto de la justicia. Quien no está hoy con Cristo para la promoción y la liberación del hombre, está contra Él. Carece de amor. Sustraer la justicia del amor, equivale a destruirlo en su esencia más profunda. No existe amor sin consideración y reconocimiento del amado como persona. Es más, nadie puede ser justo si no ama con este amor que es don de Dios. La justicia de Jesús ha consistido en ir más allá de la ley, a impulsos del amor. En la experiencia espiritual de Dios en Jesucristo se funda el compromiso por la justicia: respuesta de amor, de atención a todo hombre. Porque el creyente se sabe amado por Dios.

El servicio de la fe y la promoción de la justicia constituye una de las más importantes experiencias de la Iglesia contemporánea.

La manera de entender la misión de la Iglesia en el Vaticano II se proyectó años más tarde, cuando crecen las injusticias mundiales, sobre el esfuerzo de tantos cristianos que se empeñaron en luchar contra ellas.

En el otoño de 1971, el Sínodo de los Obispos –máxima autoridad colegial de la Iglesia entre Concilios– afirmó por primera vez:

La acción en favor de la justicia y la participación en la transformación del mundo se nos presenta claramente como *una dimensión constitutiva* de

la predicación del Evangelio, es decir, de la misión de la Iglesia para la redención del género humano y la liberación de toda situación opresiva (Eccl. 31, 1971, 2295).

El texto no se anda con rodeos: afirma rotundamente que comprometerse en la transformación de la sociedad pertenece a la misión evangelizadora de la Iglesia. No es una consecuencia, sino una «dimensión constitutiva». No se evangeliza para luego transformar la realidad, sino que esta transformación social es ya evangelización, aunque no es toda la evangelización (es «una» dimensión constitutiva).

El peligro de reducir la misión de la Iglesia a pura tarea de cambio social llevó al Sínodo de 1974 a estudiar más a fondo la relación de estas tareas de promoción humana con la evangelización y con la Iglesia misma. Pablo VI lo formularía así en:

La evangelización, hemos dicho, es un proceso complejo, con elementos variados: *renovación de la humanidad, testimonio, anuncio explícito*, adhesión del corazón, entrada en la comunidad, acogida de los signos, iniciativas de apostolado (24).

La tarea de promoción humana parte de la evangelización. Pero el Papa Montini añade ahora que ésta es un proceso complejo, y no un acto puntual. Ese proceso incluye momentos sucesivos: y entre ellos –nótese el orden en que se colocan– la renovación de la humanidad y el testimonio preceden al anuncio explícito del mensaje, el cual había sido tenido tradicionalmente por lo esencial de la evangelización.

Luchar por un mundo más justo es abrir el camino de la evangelización, es ya evangelizar, porque es hacer ya realidad –aunque de forma incipiente y germinal– esa fraternidad a que aspira el corazón humano. En la dinámica de todo el proceso evangelizador se implica toda la Iglesia, aunque no todos sus miembros e instituciones están presentes de la misma manera en cada

una de sus fases. La tarea de evangelizar es de toda la Iglesia y cada uno participa en ella con conciencia de contribuir a algo que sólo se completa entre todos.

A veces, todavía se predica el Evangelio de forma mutilada, sin conexiones culturales, económicas, políticas... Esta mutilación equivale a cierta connivencia con el orden establecido y con sus ídolos de dinero y de poder.

La Iglesia tiene que renovar la fe de los creyentes y el modo de trabajar y vivir en Iglesia. La gente alejada ha de poder hallar un lenguaje que mueva los corazones. La cuestión de la justicia supone un reto sobre un punto, no periférico, sino central de la misión de la Iglesia: el anuncio de la fe en el mundo presente.

4.3. Solidaridad universal

Las poblaciones afectadas por la pobreza están amenazadas por la insuficiencia de recursos, la vulnerabilidad de sus tejidos relacionales y la precariedad de sus dinanismos culturales. Realidad que podría explicitarse a través de tres ejes: trabajo-no trabajo; relación-aislamiento; sentido-insignificancia.

La pobreza va concentrándose en determinadas zonas. Territorialización que está teniendo incidencia especial. Por cuanto vivir la pobreza en situaciones colectivas territorialmente asentadas tiene un efecto reproductor.

La irrupción de los pobres en la conciencia teológica y eclesial no es propiamente una novedad. La novedad está en el modo, en la intensidad y en la amplitud del fenómeno. El centro de gravedad de las iglesias pasa siempre cada vez más de Europa al hemisferio Sur. Dados los enormes problemas sociales de estas regiones, la opción por una Iglesia de los pobres conquista el primer plano.

El Evangelio nos muestra a Jesús haciendo causa común con pobres y marginados. Irrita su marcada predilección por gente humilde; su apasionado interés por los que se encuentran en apuros; su solidaridad sin reservas con vidas fracasadas... ¡Tipo raro Jesús! ¡Alaba y felicita lo que tenemos en poco! ¿En qué contradicciones se ve envuelto aquel que trata de vivir la bienaventuranza de los pobres en la posmodernidad? ¿En qué sociedad entra entonces, cómo modifica su conducta, su perspectiva?

La valentía por entregarse a la solidaridad sin reservas con los oprimidos de este mundo es la misma solidaridad que condujo al patíbulo al Jesús pobre. Queda desenmascarada la ilusión de nuestra riqueza y la apariencia de nuestra plenitud: en la riqueza de su pobreza aprendemos a conocer la pobreza de nuestra riqueza.

Jesús no se limita a proclamar, sino que hace que suceda ya, ahora, en su actuación lo que se espera para todos: pleno reconocimiento y valoración de los que ahora son perdedores. Así Jesús es el profeta nuevo y mayor de Dios, la esperanza de los necesitados.

El Sínodo de 1971 sobre la justicia unió las dos orillas: la de la liberación humana y la de la salvación en Cristo. Liberar a la humanidad de la injusticia social no agota la misión de la Iglesia, trascendente respecto a la historia aunque se despliega en ella. La salvación de que habla la Sagrada Escritura no es una salvación extraña a la historia, salvación a la que se añadiría la justicia. Por el contrario, es ella misma una obra de justicia hacia los oprimidos del mundo y manifiesta, de esta manera, que viene de Dios.

Tres años después, el Sínodo sobre la evangelización puso de relieve las divergencias existentes en torno a su contenido. Una tendencia (episcopado europeo) quería preservar la evangelización de todas las implicaciones sociopolíticas. Otra, tendía a resolverla mediante el compromiso sociopolítico. Sus defensores eran los obispos latinoamericanos, asiáticos y africanos...

miembros de Iglesias jóvenes. Estaban convencidos de que únicamente la implicación de la Iglesia en la transformación de la situación sociopolítica de aquellos continentes que representaban, caracterizada por estructuras sociales profundamente injustas, podría hacer creíble el cristianismo.

Ahondando en el tema se nos vienen a la memoria los textos de los profetas, que tanto fustigan una religión entendida como un culto a Dios que se olvida de la justicia interhumana: porque la relación con Dios carece de sentido y queda vacía de contenido si coexiste con la injusticia que se ceba en los más débiles de la sociedad.

Sin remontarse tan lejos, muchos cristianos implicados en tareas de promoción humana se habrán sentido impulsados y estimulados por textos evangélicos como la parábola del buen samaritano (Lc. 10, 29-37) o la escena del juicio final (Mt. 25, 31-46). El contenido de una y otra deja poco lugar a dudas...

¿Cabría criticar al buen samaritano porque su acción no fue más explícitamente evangelizadora? ¿puede ser calificada esa actitud de ambigua por no mencionar a su Dios ni buscar proselitismo alguno con un gesto que nace estrictamente de la «compasión»? ¿hay que plantearse siquiera si el herido percibió la acción solidaria del samaritano como acción específicamente religiosa? ¿no habría que dejarse llevar más bien por esa praxis o «cultura samaritana»?

Algo parecido ocurre con la escena del juicio final. Si algo queda bien subrayado en ella es el desconocimiento de los bienaventurados acerca del destinatario último de su acción caritativa: el propio Jesús. Han hecho el bien «... sin mirar a quién», y precisamente por ello reciben la alabanza del Maestro y son llamados al premio definitivo.

Si volvemos a nuestro tiempo, ¿no se hace hoy más necesario atender a lo que podríamos llamar un «cristianismo de frontera»? Ese terreno no está

exento de riesgos, pero eso nunca debería ser razón para huir de él. ¿No existe hoy en la jerarquía de la Iglesia un ansia excesiva de seguridad y de límites doctrinales precisos, un miedo a la «contaminación mundana» que podría esterilizar muchas iniciativas pastorales? Quizás el riesgo de la frontera –con la debida sabiduría, ¡claro!– es uno de los grandes retos de la Iglesia del siglo XXI.

5. PARA SEGUIR LA REFLEXIÓN...

Caía la tarde y los Doce se acercaron a decirle:

– Despide a la multitud, que vayan a las aldeas y cortijos de alrededor a buscar alojamiento y comida, porque esto es un descampado.

Él les contestó: – Dadles vosotros de comer (Lc. 9, 12-13).

«Dadles vosotros de comer». Jesús sitúa a sus discípulos ante un reto más grande de lo que pueda parecer a primera vista. No se trata sólo de que pongan en común lo poco que poseen –representado por los panes y peces que tenía un muchacho–, porque no siempre la solidaridad es suficiente para saciar el hambre. Tampoco es suficiente que recen para que se opere el milagro de la multiplicación extraordinaria de los bienes, por más que esa oración sea absolutamente imprescindible. La orden «dadles vosotros de comer» implica un elemento más y éste es decisivo: el de exigir a los cristianos que hagan funcionar su inteligencia a fin de encontrar los mecanismos que resuelvan la carencia de alimentos, la carencia de paz, la carencia de justicia.

Estas mismas palabras se dirigen hoy a nosotros. Invitan a la implicación personal en una diaconía por la emancipación solidaria. Somos lo que hacemos, mucho más que lo que decimos. La fe es, siempre e incondicionalmente, praxis del seguimiento del Señor en los escenarios sociales y desde las actitudes normativas de la praxis mesiánica de Jesús.

¿Es posible llamar a Dios, Padre nuestro y pedirle nuestro pan de cada día sin recordar que once millones de niños fallecen cada año por causa de enfermedades fácilmente sanables a través de medicinas básicas o vacunas que cuestan seis pesetas? ¿qué creemos pedir cuando rezamos «...venga a nosotros tu reino o hágase tu voluntad aquí en la tierra...» donde anualmente se gastan 780.000 millones de dólares, mientras que los gastos totales para lograr la enseñanza básica para todos es de 6.000 millones de dólares (130 veces menos)?

¿Es concebible que la voluntad del Creador, que ama todo lo que hizo, y especialmente a los hombres hechos a su imagen y semejanza, tenga algo que ver con la globalización que compatibiliza altas tasas de crecimiento económico y bajas tasas de paro, con un aumento galopante de la pobreza y miseria?

¿Es posible que el Redentor, que por su sangre «de los dos pueblos hizo uno y derribó la barrera divisoria, la hostilidad que los separaba» (Ef. 2, 13-18), se resigna al abismo de desigualdad que nos separa?

¿Es posible que el Espíritu de filiación, que abarca la creación entera y gime desde ella ayudándola a alumbrar una humanidad nueva, no se sienta secuestrado si no crecemos hacia la solidaridad de un único Cuerpo donde los miembros más fuertes se ocupen con más solicitud de los más débiles?

Primero, El Salvador; después, India... Un sufrimiento que no cesa. Contemplar esta humanidad, este mundo destrozado puede tener un doble efecto: agobiarnos hasta la esterilidad o urgirnos a colaborar activamente con el Espíritu de vida. Como creyentes nos guiaremos por la certeza de que por debajo de los caminos humanos hay una gracia del Espíritu Santo que conduce la lucha contra todo absurdo y toda injusticia. Quien tiene por lo menos confianza en la vida, aunque no tenga una particular fe religiosa, podrá entonces encontrar compañeros de viaje con los que compartir el ansia por la dignidad de cada hombre y mujer y de cada pueblo de la Tierra.

Pongamos nuestra esperanza a producir de cara a un futuro más humano. Conviene favorecer los signos que hablan de un cambio radical en orden a una humanidad más solidaria. Nos pronunciamos a favor de un proyecto de hombre y de sociedad más libre, más justo y más solidario.

Fundamentalmente tres son los pasos que aguardan nuestro impulso.

Horizonte utópico de solidaridad

No hay estilo de vida alternativo si no se produce un cambio radical de planteamiento, de objetivos y valores. El cambio de paradigma reclama una «autolimitación inteligente». No existirá verdadero progreso por vía del crecimiento indefinido que no sólo pone en peligro el equilibrio natural del planeta, sino que además ahonda desigualdades e injusticias. Miremos a los pueblos crucificados cara a cara y preguntémonos «qué vamos a hacer para bajarlos de la cruz».

Conciencia solidaria

En los tiempos actuales de capitalismo global, una de las actuaciones más urgentes consiste en elaborar propuestas realistas encaminadas a someter el universo económico al universo político.

Todos estamos en el mismo barco de la historia. La parábola del Juicio Final será la clave del juicio a las naciones. La sensibilidad del cristianismo frente a la deshumanización tiene que ser la consecuencia de su impulso solidario hacia el hombre/la mujer en necesidad, cercano y lejano...

En la parábola del buen samaritano están delineadas las claves del voluntariado de la solidaridad: la práctica de la solidaridad como algo ordinario, en el discurrir de la vida cotidiana; la capacidad de mirar hacia los márgenes del camino y ver a las víctimas; la exigencia de dejarnos afectar por ellas y alterar nuestros planes; el absoluto de que nada puede justificar que pasemos de largo.

Proceso largo y complejo

Nos hallamos ante un cambio histórico de hondo calado para la vieja Europa. El camino es difícil y probablemente largo. En momentos de incertidumbre no tenemos garantizado el éxito, pero sí la satisfacción de realizar una tarea de elevación moral y humana, de ser seguidores de Jesús en la forma que lo reclama este momento histórico.

Tengamos presente una idea bien sencilla. La cuestión no es qué otra cosa podemos o debemos hacer, además de las que ya hacemos, sino de qué nueva manera o forma podemos dar respuesta a las situaciones que vivimos. Hablamos de una nueva forma que nos permita hacer otras cosas de distinto signo, o algunas de las actuales, con otro talante más evangélico y con nueva densidad política.

Amén de teóricos de la ética solidaria, hacen falta testigos de la misma. Testigos que con su actitud crítica generarán comunidades de inserción, de vida sencilla, con valores posmaterialistas.

Habrà que ir decuplicando oasis de solidaridad, zonas verdes y liberadas donde florezcan el compartir, la preocupación por el otro en necesidad, la lucha por estructuras más libres, justas y humanizadoras. Movimiento a contracorriente de tendencias mercantiles y depredadoras del pensamiento único.

Dios se ha colado por la puerta trasera de este mundo y está entre los que cultivan una parcela de silencio, entregan su tiempo a los demás, construyen un mundo más justo y solidario. Dios habla en lo íntimo de los corazones y no tiene rutas prefijadas ni caminos roturados para entrar en las conciencias. El Espíritu sopla donde quiere y se transmite a través de una vivencia estética, de un descubrimiento científico, de una experiencia amorosa, de las fronteras límite del dolor, de la contemplación cósmica, de la desesparación y de la muerte.

Dios mostró a Moisés la tierra prometida: «... a tu descendencia se la daré; te la hago ver con tus ojos, pero no entrarás en ella». ¡Tremendas palabras del Deuteronomio (34,4)! También el ser humano ve de lejos, en el día de hoy, la tierra prometida: el amor, la justicia y la paz, la fraternidad universal... pero jamás entrará en ella. El hombre siempre vive en la desprotección, como un peregrino, consciente de que Algo le falta... Hasta que descansa definitivamente en Dios.

Dejad que vuestros versos
persigan la Belleza a su manera,
que cada uno sueñe su camino.
Solamente exigidles una cosa
—pero esto sin ceder ni un palmo a los demonios
de la notoriedad o del dinero—,
solamente una cosa: en la lengua que quieran,
que digan lo imposible.

Miguel d'ORS